

LOCA

de Céline Delbecq

Traducción de Nadxeli Yrizar Carrillo
y Humberto Pérez Mortera

Contacto:

humberto_rod@yahoo.com
nadxeliyizar@gmail.com
editorialdelacasa@gmail.com

Registrado ante INDAUTOR y la SOGEM (MÉXICO)

Personajes:

4 principales (2 mujeres, 2 hombres)

Marta Mendes (58),

Eduardo (31),

El doctor K. (70+),

Elykia (13).

Pero como es un relato teatral el espectáculo puede ser creado con uno o varios actores/actrices.

Capítulo 1: Marta

Ella guarda los artículos de los periódicos. Si hay diez artículos que hablen del mismo asunto, aunque vengan de diez periódicos diferentes, ella guarda los diez artículos. No habla flamenco pero colecciona también los artículos de los periódicos flamencos. De tanto leerlos, ella termina por entenderlos. Siempre son las mismas palabras que se repiten ya que siempre es el mismo asunto: *het slachtoffer, het lichaam, aangetroffen, gestoken met een mes, de vrouw stierf in het ziekenhuis, het was niet de eerste keer dat haar vriend, ex-vriend, ex-man...*¹

Antes, todo tipo de personas la iba a visitar. Amigos, vecinos e incluso los comerciantes de la colonia. Ella los invitaba a sentarse a la mesa, servía el té y discutían de todo y de nada, de la recolección de basura, de la miseria social, de la política pero también del mal clima en Bélgica, de la falta de luz que siempre afectaba la moral de todos. Pero eso era antes. Si tuviéramos que dar la fecha exacta del día cuando todo cambió, diríamos que fue el 11 de enero de 2017 pero en realidad, fue algo progresivo.

Ese día, el 11 de enero de 2017, ella tomaba su café, sola, en el negocio de Luis, un pequeño bistrot portugués. Como se aburría un poco, se puso a leer el periódico que alguien había abandonado en la mesa vecina y leyó un artículo, una nota roja, hablaba de una mujer asesinada la noche anterior que había recibido diecisiete cuchilladas al salir de la clase de español que acababa de dar. Su marido había sido señalado como culpable —y el artículo terminaba con dos o tres líneas que decían que era la primera muerte conyugal del 2017 en Bélgica.

Ella se había sorprendido al leer que era “la primera” en Bélgica, como si el periodista sugiriera que forzosamente habría una *segunda*. Ella pensó que el periodista no debió haber escrito eso. A ella no le gustaba que hablaran mal de Bélgica. Para ella, Bélgica era un país libre. Ella no había nacido aquí pero eso no tenía importancia. De todos los lugares que había conocido en el mundo, era aquí donde se sentía mejor. Se sentía unida a este país como una se siente unida, tal vez, a un orfanato. Así que ella habló al periódico para pedir explicaciones, pidió hablar con el periodista, pero como no estaba trató de explicar su sorpresa y confusión... y se rieron de ella.

¹ La víctima, el cuerpo encontrado, herido con un cuchillo, la mujer muere al llegar al hospital, no era la primera vez que su pareja, su ex-pareja, su ex-marido...

Así que al día siguiente se abrigó cuidadosamente para enfrentar el frío húmedo del invierno de 2017 y caminó hasta el puesto para comprar un periódico. Fue a tomar su café negro al negocio de Luis. Abrió las páginas del periódico y examinó cada artículo, cada línea, buscando a esa *segunda* porque todos parecían muy seguros de que habría una segunda. Obviamente no la hubo. Pidió un tercer café y se dijo que haría lo mismo todos los días, todos los días hasta el 31 de diciembre, y que escribiría una carta al periódico para repetirles que era muy serio escribir cosas así, “la primer muerte conyugal del 2017 en Bélgica”, que eso abría una puerta que sería mejor mantener cerrada.

Al día siguiente, volvió a hacer lo mismo. Y al día siguiente, nuevamente, leyó el periódico en el bistro portugués. Y todos los días, casi de manera automática, el mismo ritual y la misma satisfacción de no encontrar nada en él. Justo hasta el día, en que desgraciadamente, apareció Florence Koot. Una *segunda*. El 18 de enero.

Ella no sabía si era debido al café o al artículo, pero le dio taquicardia. Cuando por fin su corazón se calmó, el café ya estaba frío. Miró por la ventana: dos transeúntes atravesaban la calle, rápidamente, en línea recta, completamente concentrados en su objetivo —a diferencia de ella cuyo mundo ya no tenía ni dirección ni objetivo.

“¿*Todo bien, Marta?* le preguntó Luis, *¿tienes una ojeras del tamaño del mundo!*” Como de costumbre, los pocos parroquianos que acostumbraban sentarse en la barra y con los que Marta bromeaba se rieron.

Ella salió a fumar un cigarro y en su cabeza resonaban una y otra vez los nombres de Carmen Garcia Ortega y Florence Koot. Esas dos mujeres que ella no conocía y que, de pronto, se habían vuelto tan cercanas porque las dos estaban... Las volutas de humo dibujaban una pantalla entre ella y el mundo, le hacía bien sentirse alejada del mundo.

Después de su cigarro, regresó a su pequeña mesa redonda y volvió a leer el artículo. No se mencionaba en ninguna parte que ella fuera la *segunda*. Definitivamente todo eso era muy incoherente. Entonces Marta se dijo que guardaría los dos artículos, el de Carmen y el de Florence y que no olvidaría ninguno de los dos nombres. Y que recordaría los nombres de todas las que siguieran, si hubiera otras más adelante.

Así fue como todo comenzó.

Fue así como inició la caída.

Sus amigos dicen que se volvió loca, ya no vienen a visitarla.

A partir de entonces ella se suscribió a casi todos los periódicos francófonos o neerlandófonos; casi dieciocho. Y ella ya no sale de su casa, ni siquiera para ir al puesto de periódicos o al negocio de Luis, no, ella se queda en su casa, lee los periódicos, recorta los artículos, los mete en bolsas de plástico y los guarda en cajas que no deja de abrir y cerrar, abrir y cerrar... varias veces al día, saca los artículos de las cajas, decenas de artículos, los extiende en el piso, por todo lo largo y ancho, y en las paredes —y hace la lista de las víctimas, una lista interminable que también pega en las paredes y que se aprende de memoria como una loca.

Todas las mañanas, la misma cantaleta: recoge su correo, se sienta a la mesa donde antes recibía a sus amigos, donde desde hace mucho ya no hay amigos, y abre los periódicos del día. Los dieciocho periódicos del día.

La mayor parte del tiempo, siente un gran alivio ya que no hay malas noticias para las mujeres pero una vez por semana, aproximadamente, una nueva víctima, y a ella le da taquicardia. Por fin entendió que no era debido al café, así que se acuesta en su cama que llevó hasta la cocina para perder menos tiempo y —y espera a que pase. (Qué bueno que no es francesa porque en Francia sucede cada tres días. Por lo menos Bélgica es un pequeño país donde sólo sucede una vez por semana).

Sus amigos empezaron a decirle que era inútil lo que hacía, ridículo, que se hacía daño, que siempre hablaba de lo mismo, de lo mismo, ni siquiera de la miseria social o del mal clima, sólo hablaba de su lista, y que ellos se aburrían tremendamente con ella, pero a eso, ella respondía: *“Sus nombres —por lo menos podemos recordar sus nombres.”*

Ellos intentaron, por todos los medios posibles e imaginables hacerla razonar, interesarla en otra cosa: una asociación que acababa de abrir en la colonia, un libro de cocina criolla ya que Marta siempre había sido la reina de los platillos cocidos a fuego lento, del Fondo Mundial para la Naturaleza que invitaba a la gente a apadrinar o amadrinar gorilas amenazados por la deforestación, pero nada. Ella no los escuchaba, ya no se interesaba en nada. Peor aún, ellos tenían la impresión de molestarla, de

distraerla de sus cosas de loca. Así que dejaron de visitarla, ¿qué más podían hacer? Les dolía ver a su amiga, a su querida amiga Marta, que antes les hacía tantas preguntas, que se interesaba tanto en el mundo y en sus pequeños problemas personales, interesarse, ahora, sólo en los artículos de los periódicos y en mujeres *que ella ni siquiera conocía*. Lo único por hacer era dejarla de visitar.

Así que ahora ella tenía mucho tiempo para aprenderse su lista.

Su lista está escrita así: primero el número (1 para Carmen, 2 para Florence, etcétera), después, la fecha de fallecimiento, los nombres y apellidos cuando eran mencionados (a veces ella decía: “*Lo que me vuelve loca es cuando ni siquiera escriben su nombre*”), la edad y la ciudad en que la víctima (*het slachtoffer*) vive. Vivía. Si la víctima era francófona, escribe el nombre de la ciudad en francés y si la víctima era neerlandófona la escribe en flamenco. Porque ella ama Bélgica. Así que su lista empieza así:

1. 10 de enero de 2017: Carmen Garcia Ortega, 35 años, Comines
 2. 18 de enero de 2017: Florence Koot, 38 años, Braine-le-Comte
 3. 21 de enero de 2017: Sofie Muylle, 27 años, Knokke
 4. 7 de febrero de 2017: Shashia Moreau, 20 años, Antwerpen
- ... etcétera

Su hijo también dice que ella está loca pero la sigue visitando. Es un muchacho valiente.

Eduardo trabaja en la construcción. Él habría preferido ser mecánico automotriz pero no tuvo la oportunidad de serlo. Debido a su horario, no puede pasar a ver a su mamá todos los días, pero lo intenta. Ella nunca le reprocha no venir a verla, ni siquiera se da cuenta. Desde “la lista”, ella ya no lo ve. No sabe cuando llega, ni cuando se va. Ya tampoco sabe cuando está ahí, pero aún así nunca se sorprende cuando lo escucha refunfuñar. Está tan acostumbrada a tener a su hijo cerca, que no la distrae mientras lee los periódicos, recorta sus artículos y se aprende su lista. Y cuando él grita que está loca, ella apenas levanta la cabeza y responde siempre con la misma frase: “*lo que me vuelve loca, ¿es cuando no escriben ni siquiera su nombre! ¿Qué puedo escribir, yo, en lugar de su nombre? ¡¿Desconocida?! (¿¡Onbekende!?)*”. Otros días, cuando ella está más triste que enojada, responde con un tono helado: “*Es el Estado el que está loco por no proteger a esas mujeres*” y como ante eso no hay nada que responder, él se sirve un té. Él se lo sirve porque ella ya no sirve el té.

A Marta le encantaría que alguien, además de su hijo, entrara a su casa. Alguien importante. Porque a ella le gustaría mostrarle a alguien importante las dos cajas llenas de artículos aparecidos desde el 11 de enero de 2017, ya que desde entonces hay muchas mujeres asesinadas en Bélgica. Ella quisiera mostrar esas cajas porque ella dice: *“Cuando leemos un artículo, es una nota roja. Pero cuando vemos la cajas, es un genocidio.”* Y quizá si alguien importante atravesara la puerta y entendiera, gracias a sus cajas, que es un genocidio, entonces quizá ese alguien importante podría cambiar las cosas, justamente por ser alguien importante; eso se volvería, al menos, un poco más importante que cuando ella lo dice.

Pero lo sabemos, nadie además de su hijo cruza la puerta. A veces escuchamos a su hijo gritar desde el patio *“estás loca, vieja loca —mi madre está loca”*. Porque le da miedo ver que su madre está perdiendo la cabeza, es entendible, aunque tenga 31 años. Una madre que pierde la cabeza, es un poco como regresar las llaves de la casa de infancia, eso fragiliza algo profundo.

Versión 30 de julio de 2020